

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Entre las cuestiones propuestas, como consecuencias fecundas de la guerra mundial, ninguna tan digna de atención, tan expuesta a debates apasionados, como la relativa a la constitución de una sociedad de las naciones, es decir, de la gran patria humana, última etapa de las organizaciones solidarias. Los pueblos han saludado con alborozo la enunciación del problema, pero acallados los transportes delirantes de la primera hora se busca, en vano, el pedestal que asegure la estabilidad del momento. Es nada difícil aceptar el altruismo como ideal pero harto fácil obedecer al egoísmo como fuerza, como "imperativo categórico" de la historia, que diría Kant.

Mientras los hombres de la Paz equilibrando intereses, hacen por la paz política con sentido pragmática, al menos en lo concerniente a la imposición del juicio aritmético y a la consagración de la fuerza como elemento imprescindible de justicia internacional; los hombres del Derecho deben contemplar la paz filosófico-jurídica que es, me parece, fundamental.

Los pueblos, hasta hoy, han puesto su fe política en declaraciones, preceptos y reglamentaciones pero, como no es suficiente la materialidad del ordenamiento mientras falte el previo ambiente sociológico, ocurre que los pueblos viven tutelados por palabras, por fantasmas, por sofismas; tal como ocurre con la trinidad democrática que, voceada a pulmón lleno junto al tímpano de Luis XVI, informando el espíritu de todas las instituciones democráticas, está

ausente del concierto de los hechos colectivos; es tan cierto que hoy se habla de libertad, de igualdad, de fraternidad, con la misma fiebre, con el mismo ensueño, con idénticos móviles que ayer, cuando el París hiperestésico se debatía en espasmos brutales por la impulsión del dolor ya incontenible de la colectividad soguzjada por el egoísmo de unos pocos. Y ya sabemos que, todavía, la Historia se nutre casi exclusivamente de guerras, revoluciones y tiranías...

La sociedad de las naciones debe ser, más que una convención, más que frío articulado, una consecuencia de la evolución de la conciencia universal; un hecho apreciable a través de distintos fenómenos de común denominador: la simpatía. Esto parece haberse olvidado por los grandes estadistas de Versalles que se empeñan en dar vida a una hermosa falacia. He admirado el ingenio de muchos escritores que, con plausible afán, se han preocupado de proyectar organizaciones universales, más o menos complejas y lógicas, pero ¿quién anima ese cuerpo? Porque fundar la sociedad de las naciones por la fuerza, todo lo disimulado que se quiera, de una mayoría de Estados sobre una minoría o de los Estados grandes sobre los pequeños sería prolongar la parodia y contrariar los ideales solidarios que se suponen ya maduros en la estirpe humana.

La unión internacional, hay que afirmarlo sin eufemismos, no será obra de las conferencias, como la paz no es cosa que se obtenga de conciliábulo diplomáticos, si no, que lo digan aquellas mansas eucarísticas conferencias de la Paz a donde concurrían los representantes a conversar sobre la cordialidad y la civilización, protestando sinceridad ingénua, mientras en sus respectivos países, con la anemia colectiva, se congestionaban de odio los astilleros, los arsenales y las cancillerías...

Menguada eficacia la de la paradoja aquella: "Si vis pacem para bellum", que es como decir "¿quieres alimento? muérete de hambre". Manifestaba su ridiculez cuando imponía una vida internacional asentada sobre el mútuo temor, hacia de la diplomacia un austero espionaje y, por consecuencia, presentaba a las naciones civilizadas como a una jauría indecisa gruñendo incesantemente

frente al hueso sabroso... La Paz armada era la escuela de la deslealtad, de la perfidia, de la hipocrecía: la serenidad traicionera de los remansos de la guerra.

Temo mucho que esta nueva tentativa para constituir la sociedad de las naciones no sea sino un movimiento reflejo del organismo universal: la fatiga, el desequilibrio de los elementos vitales, los antagonismos exacerbados y llevados a la superficie por causa del desgaste, habrían provocado un estado nauseoso de la humanidad por culpa de la guerra, estado que el organismo humano conoce a la vista y, a veces, al solo recuerdo del manjar indigesto o tóxico, que alguna vez trastornó seriamente la paz gástrica. Y este temor es explicable: hace muchos años Saint Pierre, Rousseau, Kant y príncipes como Enrique IX y aquel Alejandro de Rusia, cuyas miras desorbitadas hacia la libertad le valieron el mote de "Jacobino coronado" y más recientemente nuestro Alberdi expusieron sus miras optimistas al respecto sino que en la actualidad se haya agregado nada nuevo: la idea y hasta el plan esquemático son pre-existentes. Meditando un idealista italiano, el prof. Filomusi Guelfi, sobre las bellas palabras de sir Edward Grey (el Eduino VIII según le llaman algunos alemanes) que declaraba su esperanza de que un día "todas las naciones, grandes y pequeñas, puedan cooperar a hacer de la humanidad civilizada una familia; mantiene la duda sobre un próximo Estado confederado universal. Pienso que el profesor citado fué corto en su afirmación; me parece, por hoy, un objetivo imposible. Me pregunto cuál es la base cierta de la vida internacional y la encuentro en el egoísmo más anticristiano y antidemocrático; y el egoísmo no es sino la expresión psicológica del fenómeno económico: la lucha comercial es la vía expansiva de las nacionalidades, no una lucha liberal, a base de "meliorismo", sino a base de grosera división entre lo interior y lo exterior: en el orden del intercambio mundial todavía el extranjero es el *hostes*. Mientras el genio, la industria, la producción, de unos pueblos sean apreciados como peligros por otros; mientras el simple y prodigioso juego de básculas del *do ut des* internacional sea

trabado por sistemas artificiales del más ajustado tipo egoísta; mientras la vida no sea una armonización de intereses fundada en la libertad de los cambios, todo cuanto se hable y se obre, resultará necesariamente prematuro y ficticio. Y es así que la fraternidad, médula del cristianismo y de la Revolución Francesa y espina dorsal de las legislaciones civiles contemporáneas no solo ha sido caricaturizada por Hobbes y Darwin, sino en todo tiempo decapitada en las contiendas internas y externas de los organismos nacionales que dejan al descubierto los intereses egoístas de clase o raza, respectivamente, ante la impasible magestad de las cartas políticas, de los postulados de la filosofía neocristiana y de eso que se denomina enfáticamente derecho internacional, sistema donde se bañan los pecados fratricidas, y que yo llamaría derecho “espantaguerras” por eso del “espanta-pájaros” que es un simple testigo de los desmanes de aquellos a quienes debía contener.

Es un prurito de quienes tratan cuestiones de alta política, dejar de lado el factor económico y atender a factores secundarios aunque aureolados de preeminencia. No quieren los estadistas, los legistas, los sociólogos, que en distintos campos revelan propósitos innovadores, convencerse de que el hombre es, antes sensación que idea, estómago que cerebro. Y a través de la historia todos los sistemas ideados para suprimir la guerra en la dinámica social han fracasado por racionalistas, por superficiales, por haber orillado el magno y básico asunto de los intereses. Y el derecho es “una norma de delimitación de los intereses”, el hombre es un interés sin acción, la humanidad toda no es sino interés. Cuando el interés se contrapone a la justicia actúa el egoísmo, cuando se supedita a aquella, actúa el altruismo.

El movimiento biológico de las sociedades se encamina a la realización de esta ley: “obtener el máximo de ventajas con el mínimo de sacrificios”, ley confirmada por la excepción de los héroes y los apóstoles. Y con ese criterio eminentemente brutal de la convivencia, el hombre se lanza contra el hombre y a poco camino ya se advierte por debajo del placer de la minoría fuerte el dolor de

una mayoría débil. Esto que traduce la vida social en su más típico aspecto presenta a cada conglomerado estatal, como un círculo prieto de intereses egoistas en que la libertad si es un derecho declarado, resulta una negación manifiesta; es que la libertad no puede entenderse mientras sosteniéndola la conciencia se sacrifica el legítimo interés; mientras se la define bien y se la realiza mal. ¿Es que el egoismo realizará la libertad, la igualdad, la fraternidad?...

La respuesta es importante frente a la cuestión de la sociedad de las naciones. Alberdi, con una orientación positivista y revolucionaria, niega categóricamente la posibilidad de la solidaria vida universal mientras no se eche mano de la libertad, no escribiendo la palabra en un solemne pergamino, sino removiendo los obstáculos que se oponen a la concordia: y preconiza la libertad de los cambios porque, en efecto, solo él es capaz de vincular el espíritu de los pueblos por el noble lazo de los intereses que obrando en mira del común bienestar, realizará el ensueño de la simpatía universal y entonces, según la expresiva frase de nuestro vigoroso sociólogo, "la paz internacional será para las naciones el pan, el vestido, el alimento, el aire de cada día"... ¿Utopía?... Mucha mayor es pretender una fraternidad universal cuando aún los pueblos, en su organismo interno, no se han redimido del pecado del egoismo y la injusticia triunfante.

Realizada en el seno de las naciones la libertad económica será recien posible la libertad civil y efectiva, la libertad política. Tales conquistas significarán el imperio de la fraternidad gobernando la vida progresiva de los pueblos. No cabe suponer la extención del egoismo pero, sí su reemplazo por el altruismo en la dirección de los destinos colectivos. Y las distintas fraternidades nacionales, mediante la libertad de los cambios, habrán fundado, de hecho, la sociedad de las naciones. Hasta entonces, la humanidad deberá atravesar por un largo aprendizaje de dolores: está tan honda la raigambre del egoismo que aún no se advierte el fruto de veinte siglos de cristianismo y dos de instituciones democráticas.

ARTURO ORGAZ.